

“Primera lluvia”

Marina Porcelli

La miraba bailar en una fiesta, me contó Marcos la primera noche que no hubo playa porque llovía a cántaros, y antes de decirme que ahora él quería bailar, viste cuando recortás a una persona del fondo, ¿no? Bueno, así, la buscaba con los ojos entre toda la gente, de hecho, me había puesto en un ángulo determinado cosa de verle la cara entre los movimientos de las cabezas, y de pronto, zas, la chica se resbala, y yo que de golpe veo las piernas levantadas, sacudiéndose con los zapatos de taco alto, imagínate, Lidia, sacudiéndose sin parar, como esos resbalones de los dibujitos animados. Y él se rió y me hizo reír. Claro que esto me lo había contado hacía más de una hora, después de entrar a lo que todo el mundo llamaba la fiesta, concretamente, después de que nos adosáramos a la barra a tomar vodka con naranja, porque afuera la lluvia era francamente torrencial y hacía un poco de frío, también, y aún no había demasiada gente en el lugar —una

suerte de cabaña a oscuras, con manchones de luz en el suelo y en los costados, con música y espacio para moverse, habilitada cuatro veces a la semana—, aunque Marcos, primero, y a causa de vaya uno a saber qué, había hablado de la norma. De Latinoamérica, el cliché maniqueísta y de la norma. Y que la identidad se cifra en el hacer, sino, fijate y constatalo con esta cabaña. Y yo me reí, también. Porque giré la cabeza y me fijé y sólo encontré a unos pocos extranjeros, pegados a la pared, conversando en voz baja. O a nosotros sin querer alejarnos de la barra. Por supuesto, la música no tentaba. Algún rivaival en inglés, tranquilo y ochentoso. Luego The Smiths, y así. Bueno, había concluido Marcos a la altura de mi tercer vodka con naranja —que finalmente acabó él porque a mí me destrozaba—, digamos que sólo si hacés a un lado la norma se puede pensar. Y no al revés, al revés se desemboca en el melodrama y en el cliché. Aunque parecía que esto lo había dicho otro Marcos, no el que ahora estaba frente a mí, que de lo borracho ya casi no podía sostenerse en pie, y que de hecho me había contado la anécdota sobre el resbalón de una chica en una fiesta cuando fue él el que se resbaló, esta noche, por primera vez. Y a pesar de todo, aún insistía en bailar. Si es que a tomarme de la mano y a zarandearme de ese modo se lo puede llamar bailar. También en algún momento la gente había dejado de estamparse contra la pared y había empezado a entrar y salir —afuera, evidentemente, escampaba—, y a entrar y bailar. Y cuando el volumen de la música subió, y el asunto se masificó, dio la impresión de que a todo el

mundo le importaba realmente muy poco si lo miraban o no. Así, jubilosos, como arrastrados por las olas de griterío y movimiento general, Lucas y Alejandra aparecieron por la izquierda, con vasos de vodka y naranja, y detrás de ellos, Damián. Que enseguida se apoyó contra la pared con su trago y bien quieto se quedó. Nosotros, a todo esto, brindamos y bebimos y gritamos, y yo fui hasta la barra y volví con más, cargando los cinco vasos con las manos muy abiertas para que las bebidas estuvieran apretadas y no se me fueran a volcar. Y llegué y las repartí. Marcos, antes o después de su trago de vodka número cien, con el cuerpo torciéndose para un lado y para el otro, intentaba decirme, y no podía decirme a causa de la risa, y de la música, y de la borrachera, intentaba explicarme que Damián era esa clase de tipo que si uno les avisa que alguien acaba de morir, ellos te responden, pero, cómo, ¿ayer no estaba vivo? Y cuando por fin consiguió hilvanar semejante frasota, y cuando por fin yo dejé de preguntar qué, qué, y entendí semejante frasota, él se rió con toda el alma, exagerada, desmesuradamente, y yo sentí que Damián me miraba, que me buscaba con los ojos mientras yo lo buscaba también, ya que era fácil escindirlo del fondo general. Y le dije a Marcos que la cortara, que se dejara de fastidiar con tanta estupidez. Pero se ve que él mucho no me escuchó y entonces ocurrió una cosa de lo más extraña. Cansada de nuestros intentos —de hablar, de bailar—, tomé a Marcos de los hombros y con suavidad lo puse contra la pared. Le dije que estaba hecho un pesado y no me respondió; sí, en cambio, lo vi



sonreír, lo vi sonreír con lentitud y sostener esa sonrisa de medio camino, inmovilizarla en una suerte de desapego o desinterés respecto a lo que iba a suceder. O a lo que podía suceder. Nunca lo había visto así. Presionó la espalda contra la pared, y se dejó caer. Pude sujetarlo de las axilas antes de que tocara el suelo. No le importó. Volvió a caer con todo su peso y se quedó sentado, y ladeó la cara, cuando, con una especie de convulsión inicial, empezó a vomitar. Qué estético, sí. No sólo vomitó, sino que terminó y alzó los ojos alarmado, y me dijo, me muero. Esto es sangre y yo me muero. Y yo, en esa nueva posición, acuclillada, quitándole el pelo de la cara, y hasta los

diez segundos que vinieron después, hasta que me agarró un ataque de risa y me hizo caer de culo en el suelo, hasta esos segundos en los que tuve que apretarme el estómago porque no podía parar de reírme así, y Alejandra, y Lucas preguntaban qué pasa y si estaba bien, si yo estaba bien y si Marcos estaba bien, y yo respondía sí, sí, lo que pasa es que, yo, que también estaba borracha, o porque aún estaba convencida de que Marcos era Adrian Leverkühn, hasta que transcurrieron enteritos esos diez segundos, digamos, yo, a Marcos, le creí. Y miré, con angustia, para el costado, y pensé, esto será sangre, che. O jugo de naranja. Todo muy estético, sí. Fue entonces cuando me di cuenta de que era un disparate y de la cara de tragedia que había puesto Marcos y de que, francamente, lo mejor era que me empezara a reír. Cinco minutos después, con toda naturalidad, Marcos ya había cerrado los ojos y dormía bien sentado, con la columna apoyada contra la pared. Le pedí a Lucas que me ayudara a levantarlo de los hombros y a cargarlo hasta nuestra cabaña. Tenés que quererlo mucho, me dijo Damián, para soportar todo esto, y yo lo miré y le sonreí y le dije por qué no te vas al carajo, mejor. Y por fin nos enderezamos y por fin Marcos se puso de pie y por fin nos fuimos de ahí. Una vez que Marcos estuvo acostado en el colchón de la cabaña, Lucas me preguntó de nuevo si estaba bien y yo respondí que sí y caminé hasta los baños. Acá, a la intemperie, inclinada sobre la bacha junto a la puerta, mojándome la cara, me llegaba todavía la vaharada de la música. La escuché y dejé que el aire frío me recompusiera de a poco. Lucas

volvió con Alejandra, y al verme ahí, lavándome la cara, me dijo que no duerma hasta cualquiera hora, que mañana nos vamos a las ruinas. Después me metí en el baño. Y entonces sucedió algo extraordinario. Ya lista, antes de salir, escuché, como en una ráfaga, los versos de un bolero, una canción en español insertada entre tanta música gringa, una canción de fin de fiesta, inusual en los lugares de playa,

*... vuelve pues no aguanto más
calma el llanto y dale paz
a este corazón ausente,
amor, sin tus besos, para qué...*

y me quedé escuchando de pie, pensando en Marcos y en esos osos a pila que vendía cuando lo vi en El Británico, me quedé con la frente apoyada sobre la hoja incompleta de la puerta, mirando para abajo, sintiendo el viento que me golpeaba los tobillos, y sintiéndolo arriba, también, entrar por el hueco y arremolinarme el pelo, me quedé así hasta que algo me incomodó y súbita e instintivamente levanté la cabeza.